

# Noticias



IRIARTE, Ana y GONZÁLEZ, Marta: *Entre Ares y Afrodita. Violencia del erotismo y erótica de la violencia en la Grecia antigua*. Madrid, Abada Editores, 2008.

Con el sugerente título *Entre Ares y Afrodita*, Ana Iriarte y Marta González, cuyas contribuciones al conocimiento de la historia de las mujeres en la antigua Grecia son siempre novedosas y fundamentales, nos sumergen el mundo complejo y conflictivo de las relaciones entre mujeres y hombres desde la mirada sobre la interacción entre amor y violencia. Más allá de los binomios simplistas —tan en boga hoy en día— las autoras nos proponen un viaje por el imaginario mitológico griego, en el que las correlaciones amor-mujeres y violencia-hombres no sólo no son unívocas, sino que interactúan, se entrelazan, se mezclan, se confunden y se sostienen mutuamente. De ahí la pertinencia del título, pues la estrecha relación entre Ares (dios de la guerra) y Afrodita (diosa del amor) muestra hasta qué punto se conectan lo masculino y lo femenino, la fuerza bruta y la persuasión erótica, y al mismo tiempo reafirma y sustenta las diferencias jerárquicas de género.

El libro versa sobre —como hace bien explícito el subtítulo— “la violencia en el ámbito de la seducción y el erotismo en el ámbito de la violencia”. Para su estudio, las autoras tienen presentes dos premisas fundamentales, que tienen que ver a la vez con la realidad perceptible en las fuentes griegas y con la mirada —o más bien cierta clase de miradas— que se dirigen en la actualidad al mundo griego antiguo. En primer lugar, “que los numerosos textos griegos que dan a conocer los matices infinitos de las formas de violencia no pueden ser considerados simplemente como descripciones condenatorias por parte de los autores” (p. 11); lo que constituye una crítica a la tendencia contemporánea a considerar la antigua Grecia como la luminosa y armoniosa cuna de la democracia. En segundo lugar, que el hecho de que “los profesionales de la guerra fueran sólo hombres no permite asumir que sólo ellos fueran generadores de violencia, ni que la posición de víctima (...) sea la única posible para la mujer en un contexto agresivo”. De este modo, sin olvidar que en la guerra las mujeres son preferentemente víctimas, las autoras atienden en esta obra “a la parte de violencia que la imagería y los textos clásicos atribuyen a mujeres”, así como “a las actuaciones femeninas presentadas por las fuentes como generadoras de determinadas formas de agresividad” (pp. 12-13); lo que supone una crítica esta vez a las ideas, tan vigentes hoy en día, que asimilan la violencia a la masculinidad y el pacifismo a la feminidad.

El libro se estructura en tres partes, cada una de las cuales contiene a su vez tres capítulos, formando un todo perfectamente integrado en el que se van desgranando, en relación unos con otros, los muchos matices de la relación amor-violencia en el imaginario griego, en un recorrido no lineal ni simple.

La primera parte, titulada “Eros en el campo de batalla”, aborda el erotismo en el espacio de la guerra y la violencia en el ámbito de las relaciones matrimoniales, y en ella se presentan asimismo las ideas que se irán desglosando a la largo de la obra. Así, el capítulo que la abre (“La guerra del amor”), gira en torno a las figuras de Ares y Afrodita, paradigmas de las fuerzas irresistibles —pero no iguales— que se asocian a la masculinidad y la feminidad —la fuerza bruta y la persuasión erótica respectivamente—, y que como pareja prueban “la fusión indisoluble entre el trato amoroso y el bélico” (p. 25). Precisamente la figura de Helena, que viene a ser la encarnación de Afrodita en forma mortal (capítulo 2: “Helena de boda y lanza”), ejemplifica como ninguna otra el poder irresistible de la seducción femenina, capaz de generar violencias y guerras, entre ellas la de Troya, la más famosa del mito griego, y es por tanto paradigma de la violencia en el ámbito de la seducción. Inversamente, el combate bélico contiene asimismo elementos eróticos, como se manifiesta en la lucha entre el griego Aquiles y el troyano Héctor (capítulo 3: “Erotismo en la muerte de Héctor”), que llega a adquirir connotaciones de seducción erótica, en la que el vencido es metafóricamente asociado a la feminidad.

La lucha ente el griego y el troyano da paso a la segunda parte (“Bárbaro y feminizado, vencido Oriente”), en el que es protagonista otra pareja de opuestos que ya se ha venido anunciando: Oriente / Occidente. Aquí se analizan tragedias atenienses situadas en el contexto de la victoria de los griegos sobre los persas en las Guerras Médicas, en las que se asimila —de manera más o menos evidente— el Oriente vencido a la feminidad y el Occidente vencedor a la virilidad. Un primer ejemplo de ello es el uso y construcción del mito de las Danaides (capítulo 4: “Egipcios y Danaides: Bodas de sangre”), desarrollado en un ciclo de violencias mutuas entre hombres y mujeres —“bárbaros”, es decir, no griegos—, ante el estupor de la civilizada y democrática Grecia. Frente a estas violencias, la reina persa Atosa (capítulo 5: “Un sueño pacifista en el Oriente de Esquilo”) se erige en paradigma de matriarca dispensadora de paz y fertilidad, gobernante del Oriente vencido, y anverso del viril Occidente vencedor, regido por hombres. Esta feminización de lo “bárbaro”, se manifiesta asimismo en la representación del hoplita griego, desnudo, viril e imbatible, frente al guerrero oriental ricamente vestido, como las mujeres griegas (capítulo 6: “El hoplita al desnudo y los seres encubiertos”). Similitud, pues, que

no desde luego equivalencia, entre las dos formas principales de “otredad” conceptualizadas en el mundo griego —mujeres y bárbaros—, frente al varón griego ciudadano, único presente en las instituciones políticas de la *polis* y verdadero paradigma de “civilización”.

Los actos violentos de los “seres encubiertos”, en este caso las mujeres —griegas o bárbaras—, invisibles políticamente, protagonizan la tercera parte, titulada “Siempre viva *vendetta*”, dedicada a la venganza, una forma de violencia que en la Grecia clásica de la *polis* se consideraba anacrónica y a la que a menudo la feminidad encarnaba (capítulo 7: “Políticas de la memoria emocional”), mediante la “desmesura emocional” de las mujeres, manifestada especialmente a la hora de expresar el duelo. De este modo, en el teatro de época clásica son frecuentemente mujeres las que desencadenan actos de venganza —sean o no ellas las autoras finales—, como respuesta, sí, a violencias e injusticias, pero haciendo uso de una expresión de violencia desterrada —o más bien se pretende desterrada— de la civilizada *polis* (capítulo 8: “¿Cautivas dolientes o instigadoras de Ares?”). Lo femenino y lo bárbaro se unen en la figura de la víctima y vengadora Casandra (capítulo 9: “Casandra bélica”), la princesa troyana capturada y llevada a Grecia, con la que se cierra el círculo iniciado en el libro con el rapto de la griega Helena, conducida a Troya.

La obra finaliza con un capítulo a modo de conclusión (“Mitos antiguos en conflictos modernos”), en el que se aborda la recreación contemporánea de precisamente las dos heroínas que abren y cierran el estudio del mundo griego: Helena y Casandra. La primera, convertida en pretexto ahora —no desencadenante directa, como cuando se construyó el mito antiguo— para emprender una guerra y usada para denunciar la banalidad de la guerra. La segunda, presentada en algún momento —véase la recreación de Christa Wolf— como paradigma de la esencia femenina —e incluso feminista— pacifista. Ambas lejos, pues, del sentido con que las pensaron y representaron los antiguos griegos.

Este libro es, por tanto, una aportación fundamental, desde la perspectiva crítica y alejada de ciertas ideas preconcebidas acerca de lo femenino y lo masculino, en el proceso de profundización en el conocimiento de las relaciones entre mujeres y hombres en el mundo griego, del que en tan buena medida son deudoras las sociedades occidentales actuales, pero también con el que hay que tener cuidado a la hora de pretender establecer determinados paralelismos. No en vano, muchas premisas genéricas de la antigua Grecia siguen presentes hoy en día —aunque sea a través de profundas transformaciones—, y, por otro lado, la antigüedad griega sigue empleándose hoy en día para apoyar elementos del presente, a menudo a través de una visión sesgada e interesada del pasado. Conocer y comprender este pasado significa también entender y hablar de nuestro presente.

*Entre Ares y Afrodita* ofrece, pues, nuevas reflexiones y perspectivas de análisis, y por tanto plantea nuevas interrogantes, con lo que abre nuevas vías al conocimiento y la reflexión sobre nuestro pasado, y también nuestro presente. De este modo, el viaje al que nos invitan Ana Iriarte y Marta González en este libro, lejos de acabarse y completarse en él, es una etapa —importante y luminosa— en el largo y sinuoso camino, recorrido y por recorrer, hacia el conocimiento de los mecanismos de relación entre mujeres y hombres en el sistema patriarcal.

M.<sup>a</sup> Dolores Mirón Pérez  
Universidad de Granada

Monografía “Historia de la educación de las mujeres”. *Historia de la Educación*, 26 (2007).

Una primera reflexión surge del hecho de que la revista *Historia de la Educación* haya dedicado un número monográfico —el que aquí se presenta, coordinado por la profesora Consuelo Flecha— a las mujeres y su educación: este ámbito de estudio e investigación ha seguido con éxito el camino que comenzara hace ya casi tres décadas salvando así, algunas de las dificultades que los estudios sobre las mujeres han tenido y tienen en todos aquellos ámbitos donde han surgido.

La historia de la educación de las mujeres —vinculada a la historia de las mujeres— se inicia y desarrolla en el contexto de las nuevas corrientes historiográficas que la historia de la educación fue incorporando a su campo de investigación, renovando, de esta manera, sus planteamientos metodológicos lo que la acercaría a la historia social.

La década de los años ochenta del pasado siglo suele considerarse como la del desarrollo de la historia de las mujeres en España, hecho que coincidió con los cambios políticos que perfilaron la naciente democracia. Nuestra disciplina surge también en los años ochenta, impulsada, como señala la profesora Pilar Ballarín<sup>1</sup>, por la obra pionera de Geraldine Scanlon.

Desde entonces se fue incrementando el interés por este ámbito de estudio e investigación. Manifestación de dicho interés fue el acuerdo de la Socie-

1. BALLARÍN DOMINGO, Pilar: “La educación contemporánea de las mujeres”. En, GUEREÑA, J. L.; RUIZ BERRIO, J. y TIANA FERRER, A.: *Historia de la Educación en España. Diez años de investigación*. Madrid, Centro de publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, 1994, p. 177.

dad Española de Historia de la Educación de dedicar un coloquio nacional a este tema. Fue el V coloquio y se celebró en Santiago de Compostela en 1990 con el título de *Mujer y Educación en España. 1868-1975*.

En el tiempo transcurrido desde esos precedentes, se ha demostrado la voluntad de hacer una historia de la educación de las mujeres lo que se ha manifestado en una trayectoria continua de estudios e investigaciones especialmente orientados a superar una historia androcéntrica que ha dejado a un lado a las mujeres, excluyéndolas, del acontecer histórico. Esta tarea no ha sido ni es fácil porque supone desterrar creencias y prejuicios muy arraigados, difícilmente puestos en entredicho, como la idea de que la diferencia entre hombres y mujeres es sustancial así como su consecuencia inmediata, la justificación de las desigualdades. Aquellos pensadores que mantuvieron teorías igualitarias respecto a los sexos fueron rápidamente olvidados, al menos en lo que a sus ideas feministas se refería. La memoria histórica es, a veces, extremadamente selectiva, y lo ha sido en este caso, de manera que la palabra de los que fueron contrarios a la idea de la inferioridad de las mujeres ha permanecido demasiado tiempo desconocida o en silencio y pocas veces su pensamiento ha sido objeto de estudio en las universidades.

Los diversos mecanismos de exclusión se han ido combatiendo con el estudio y la investigación que, en lo que respecta a nuestro ámbito, no han dejado de crecer desde aquellos inicios en la década de los años ochenta. Este monográfico contiene una muestra de dicho desarrollo y de la voluntad de escribir una historia de la educación que recoja las huellas que las mujeres han dejado en las sociedades que nos han precedido.

Las normativas españolas de los últimos años, tanto en el ámbito estatal como en el autonómico, especialmente las más recientes, han acompañado y estimulado este desarrollo de las investigaciones, así como la creación de asignaturas y seminarios sobre el tema en todas las universidades del Estado.

Como decía antes, el presente monográfico es una muestra de esa voluntad de hacer una historia de la educación de las mujeres, disciplina que evoluciona —como señala la profesora Flecha en la “Presentación” del número—, “hacia una manera de entrar en la lectura de los documentos que rompe el examen asexuado y el análisis androcéntrico de las fuentes” (p.29). Los trabajos que siguen a la presentación, como observa la coordinadora, “realizan un recorrido por algunas experiencias y planteamientos que la educación de las mujeres ha seguido desde la Edad Media hasta el final del franquismo” (p.32). El profesor Josemi Lorenzo Arribas analiza cuestiones referentes a la educación femenina entre los siglos VI y XI. La profesora Cristina Segura Graíño reflexiona sobre los objetivos que pretendían alcanzarse con la educación de las mujeres en el tránsito de la

Edad media a la Modernidad, fundamentalmente el de prepararlas para que se desarrollaran en una sociedad que estaba afianzando sus fundamentos patriarcales. La profesora Rosa María Capel presenta una panorámica general de la educación de las mujeres en el Antiguo Régimen y de cómo fue evolucionando durante los siglos XVI, XVII y XVIII. La profesora Irene Palacio Lis investiga y reflexiona acerca de los discursos sobre la maternidad que se elaboraron en el siglo XIX. La profesora Pilar Ballarín indaga también en el siglo XIX pero, en este caso, en la creación del sistema educativo nacional, que constituirá una estrategia fundamental para afianzar las diferencias entre niños y niñas. La enseñanza específica para las niñas en las escuelas estatales vino a legitimar la función que ya una tradición secular había adjudicado a las mujeres.

Abordando cuestiones situadas en el siglo XX, las profesoras Marina Núñez y María José Rebollo elaboran su trabajo a partir de una fuente poco utilizada como es la prensa para mujeres. Estos documentos les permiten conducir el análisis hacia el ámbito de la educación informal, campo, por cierto, poco estudiado y que merece, a mi juicio, una mayor atención por parte de las historiadoras de la educación. También sobre el siglo XX y el periodo del franquismo, el monográfico recoge dos trabajos. Uno, el de la profesora Isabel Grana Gil, que analiza las consecuencias del proceso de depuración del profesorado que llevaron a cabo las autoridades del nuevo régimen y cómo repercutió el control ideológico en las profesoras que ejercían en los institutos de segunda enseñanza. Dentro del mismo periodo, las profesoras Sara Ramos y Teresa Rabazas analizan otro de los cauces de formación de las mujeres que fueron utilizados en el periodo referido: se trata de las iniciativas de la Sección Femenina en el medio rural. Las autoras consideran tales iniciativas como un elemento importante en la transmisión de conocimientos y de valores puesto que contribuyeron al afianzamiento de una de las líneas ideológicas del régimen franquista, la de la exaltación de la vida rural. Se incluye, finalmente, una bibliografía que, aunque no exhaustiva, da cuenta del interés que ha despertado la historia de la educación de las mujeres en los últimos años.

Las teorizaciones feministas y las investigaciones en los diversos campos en los que las mujeres son objeto de estudio —entre ellos el nuestro— han actuado a lo largo del siglo XX y en lo que va de la nueva centuria, eliminando prejuicios y echando por tierra argumentaciones pseudocientíficas acerca de la sustancial inferioridad de las mujeres. Este monográfico recoge trabajos que muestran la participación de algunos investigadores y muchas investigadoras en la historia de la educación de las mujeres, en ese esfuerzo por destruir prejuicios. Puede decirse que las tareas dirigidas a eliminar la socialización de las niñas fundamentada en la inferioridad, han dado resultados. Sin embargo, no todo está

logrado. Las relaciones asimétricas entre hombres y mujeres persisten. Los avances son, sin duda, muchos, pero los mecanismos de diferenciación social entre los sexos, siguen presentes. Intermitentemente surgen teorías pretendidamente científicas con la finalidad de legitimar las diferencias. Aunque lejos de los desvaríos de la frenología o la craneometría, de las elaboraciones ensayísticas como la de *Sexo y carácter* de Otto Weininger —aquel panfleto que recogía toda la misoginia del siglo XIX—, estas nuevas teorías intentan dar renovada legitimidad a la diferencia/inferioridad para perpetuar los roles tradicionales, en muchos casos recomponiéndolos y adaptándolos a las nuevas circunstancias. En demasiadas ocasiones los aplausos a los avances de los derechos de las mujeres, contienen nuevas mitificaciones que debemos visualizar.

Sin duda se ha recorrido un camino del que podemos sentirnos orgullosas; sin embargo, como decía antes, esto no nos permite dejar de estar alertas. Como señala Christine Delphy, “Especialmente frágiles, los logros feministas se ven expuestos a diversos tipos de obstáculos: los ataques «masculinistas», la reacción ideológica y la mala voluntad política o el bombardeo mediático del mito de la igualdad ya alcanzada”<sup>2</sup>.

Miryam Carreño.

Universidad Complutense de Madrid

### Contra el olvido, memorias de género

GARCÍA DE LEÓN, María Antonia: *Rebeldes Ilustradas (La otra transición)*. Barcelona, Anthropos, 2008

El memorialismo de género podría ser un objetivo importante de la Agenda Feminista, hoy. A través de estas *Rebeldes Ilustradas* que nos ofrece ahora María Antonia García de León, la autora avanza un paso más en lo que aparece ya como un proyecto intelectual consolidado: la construcción de la memoria colectiva de unas generaciones de mujeres españolas que rompieron los moldes de género e introdujeron en España una nueva manera de ser mujer. *Herederas y heridas* fue una primera indagación sobre

2. DELPHY, Christine: “Frente a la ofensiva patriarcal. Los desafíos actuales del feminismo”. En, *Le Monde Diplomatique*, edición española, mayo de 2004, p. 22.

la posibilidad y condición de este cambio, especialmente para las mujeres que dedicaron su vida a la Universidad y la investigación; su muy reciente *Antropólogas, politólogas y sociólogas*, de autoría compartida con María Dolores F. Figares, se plantea la indagación sobre qué ha ocurrido con las mujeres profesionales de las ciencias sociales, qué han hecho y qué han dejado en los ámbitos de sus especialidades. Y formula ya claramente una pregunta relevante ¿qué quedará de nosotras cuando hayamos muerto? Un interrogante que inquieta a María Antonia y que, a través de ella, se transmite como un eco a unos colectivos de mujeres que están llegando al tiempo de los balances.

Una inquietud y una pregunta totalmente pertinentes. Los indudables logros de las mujeres españolas que vivieron la transición política, la necesidad de afirmar las victorias para dejar atrás los tonos plañideros y comenzar a ser por derecho propio, han enmascarado, probablemente, muchas de las debilidades de la situación. Ser investigadoras, catedráticas, autoras reconocidas, profesoras en universidades prestigiosas, ostentar cargos políticos, son condiciones sociales que, detentadas por hombres, aseguran algún lugar en la memoria colectiva. Tal vez no un nombre propio o una estantería en las grandes bibliotecas; pero sí, por lo menos, un renglón en los registros de la impronta generacional. Atareadas en ser, en hacer, en vivir, dimos por descontada la inscripción automática en esta memoria, como algo inherente a los puestos conseguidos. Y hoy empezamos a ver que no es así, que sigue sin ser lo mismo ser autor que autora, y que la voz de las mujeres, sean quienes sean, no se inscribe automáticamente en la historia común. Porque la escritura de esta historia no fue nunca automática, sino selección desde el poder.

Un poder que seguimos sin lograr.

Así que, nos dice la autora, no hay que esperar a que los futuros cronistas nos rescaten del olvido, sino que, como siempre para las mujeres, ponte tu misma a tejer tu traje y deja de esperar en vano al hada madrina. Y he aquí un nuevo fruto de este empeño: con *Rebeldes Ilustradas* María Antonia nos ofrece una nueva reflexión polifónica y multidimensional, y sigue abriendo caminos para la construcción de una memoria generacional.

Una reflexión polifónica: como suele hacer en la mayoría de sus obras, también aquí María Antonia García de León se acompaña de otras voces. En este caso, voces directas, no ya cortadas temáticamente o como ilustraciones de determinadas tesis. El relato personal de la propia vida nada tiene que ver con la exhibición: es parte de la historia, siempre, y en determinados casos, parte de una historia tan especial y atípica que debe ser conservada para que en el futuro puedan entenderse las trayectorias comunes a partir de estas huellas. Mujeres muy conocidas, indispensables en la historia española de los sesenta, los setenta, los ochenta, los noventa, los dos mil, que han

explorado territorios, han derribado barreras, han colonizado espacios antes inaccesibles. Que lo siguen haciendo: Celia Amorós, Paloma Gascón, Isabel Morán, Pilar Pérez Fuentes. Perfiles obligados para entender una etapa del cambio, porque además de construirlo con sus vidas, tienen el don de la palabra y la capacidad de la reflexión, de la comprensión de los cómo y los porqués. Tienen elaborada una narrativa que describe un mundo, una época, un antes y un después. Y nos muestran, paso a paso, día a día, cómo avanzaron en el difícil aprendizaje de ser mujeres tradicionales primero, de dejar de serlo después, de asumir perfiles, responsabilidades, tareas, que en su niñez nunca pudieron figurar en su horizonte vital, y a las que, en cambio, hubo que lanzarse, gozosas y temblando, sin apenas modelos, asumiendo riesgos, muchos riesgos.

Y también una voz propia, la de María Antonia, en una interesante autoentrevista, con la que sienta un precedente curioso, en la línea de la emergencia del sujeto como centro de la reflexión. Un precedente no exento de riesgos, una vez más, porque ¿cómo establecer la dualidad, el diálogo, la distancia necesaria para esquivar la autocomplacencia, el narcisismo, la autojustificación? ¿Por qué no escribir directamente unas memorias personales, género de reglas conocidas que no pretende más verdad que la personal? Mi impresión es que María Antonia no está interesada en contarnos su vida, sino en extraer de ella, como material que tiene a mano, la narración de una experiencia común y al mismo tiempo irreplicable. Y para ello, se desdobra en un diálogo consigo misma, en un alarde de duplicidad que nos hace olvidar que quien pregunta y quien responde es una misma persona. Sólo desde un hábito de distanciamiento largamente adquirido en la práctica de las ciencias sociales pueden tenerse ciertas garantías de objetividad en este tipo de ejercicio. Sólo desde el rigor de una mirada habituada a triturar la vida en la batidora de una metodología implacable es posible extraer de la propia experiencia categorías más universales que las del testimonio o la melancolía.

Polifonía, pues, pero también multidimensionalidad. Y es aquí donde *Rebeldes Ilustradas* adquiere, en mi opinión, una amplitud de objetivos que la convierten en el libro más ambicioso de la autora.

He mencionado ya una primera dimensión: la de la voluntad de construcción de una memoria generacional en una etapa especialmente intensa. Para quienes la vivimos, todo suena a conocido. Pero vendrán otras, ya están aquí, que apenas pueden creerlo. “Me casaba en enero y no me dejaron salir en nochevieja”, cuenta Celia. Un ejemplo entre tantos. Y cada una de nosotras podría contar decenas de anécdotas parecidas, que configuran un mundo que ya no existe. Cuando alguna española, en el futuro tenga la tentación de la nostalgia, que relea estas páginas, para celebrar con euforia su presente, que tantas, antes de nosotras, murieron sin alcanzar.

Pero hay más, hay más. La dimensión política recorre el libro, que no por azar lleva como subtítulo *La otra transición*. Efectivamente, la transición política española se ha considerado modélica, ha sido analizada, divulgada, ensalzada y hasta se ha intentado exportarla y copiarla. Pero ¿qué transición? Hubo tantas transiciones... Y la que ha sobrevivido, como siempre, fue la transición masculina, aquella a través de la cual una generación de hombres relevó a otra en el poder. Y, al realizar el relevo, no sólo cambiaron los nombres y las caras, sino las reglas de juego colectivas. ¿Quién va a negar su importancia?

Aquella transición, leída a menudo como una epopeya, fue posible porque culminó diversas transiciones. Que casi nunca fueron contadas. La transición de la clase trabajadora, por ejemplo, que pasó de clase en sí a clase para sí, para decir lo que quería y lo que no quería, y obligar así a cambiar las reglas de juego, porque había aprendido a usar en su favor las del franquismo y bloquear las fábricas cuando hiciera falta. O bloquear las escuelas, en un recuerdo para mí imborrable de miles de maestras en acción, utilizando incluso los sindicatos verticales cuando hizo falta. La transición de los partidos clandestinos, la transición de los estudiantes, la transición de los militares, la transición de los vencidos y de los exiliados, capaces de aceptar un paréntesis cuando hizo falta para pactar una nueva Constitución.

Y la transición de las mujeres, tal vez la más poderosa, tal vez la más olvidada. Como nos recuerda Anna Caballé en un magnífico prólogo, no había ninguna mujer entre los siete padres de la Constitución, y a nadie se le ocurrió sin embargo discutir su legitimidad. De hecho, todavía se está escribiendo una Constitución de la que formemos parte: las recientes leyes contra la violencia de género, por la igualdad, el proyecto que ahora mismo está en debate sobre la modificación de la ley del aborto, no son sino incorporaciones tardías a lo que debía haber sido una Constitución que contemplara la igualdad entre los dos sexos, la incorporación de las exigencias de los géneros y la desaparición de las barreras entre ellos. Porque esta transición se hizo, pero sin el suficiente reflejo en las leyes, en las normas colectivas. Como siempre, ello no era importante, podía esperar. Como ha sucedido en tantas transiciones, recordadas en este libro por Pamela Radcliff, Breny Mendoza y Amalia Rubio, en preciosas aportaciones que nos dan toda la dimensión política del tema.

En las grandes batallas, los hombres requieren el esfuerzo de las mujeres, su sacrificio, su tiempo y su energía, para lo que se presenta como una batalla para el bien común. Y dicen: “Tu causa es importante, pero debe esperar a que triunfe la mía. Después, todo se os dará por añadidura”. Lo oímos entonces: su transición era inaplazable, la nuestra podía esperar. Por suerte, muchas no lo creyeron ya, y las transiciones se hicieron en paralelo,

sin pedir permiso, sin esperarlo. Pero ahora todo ello debe consolidarse para que nunca pueda producirse una vuelta atrás.

Consolidar la presencia de las mujeres en el ámbito público, en la historia, en las decisiones que se toman respecto a la vida colectiva como una exigencia inaplazable. Para que, en adelante, quien quiera contar con las mujeres tenga que incluirlas, o atenerse a las consecuencias: por ejemplo, no recibir su voto. Quien quiera escribir la historia tenga que incluirlas, o atenerse a las consecuencias: ser desautorizado como autor androcéntrico y parcial. Porque la huella de las que fueron antes ya sea tan imborrable que los olvidos no tengan justificación ni disculpa alguna.

Gracias de nuevo, María Antonia García de León, por seguir en la brecha de una tarea necesaria, en la que, esperemos, muchas otras y muchos otros te sigan.

Marina Subirats  
Universidad Autónoma de Barcelona

